# Telón de Agora

## EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO. LOS INOCENTES DE LA MONCLOA. LOS ÁRBOLES MUEREN DE PIE. LOS VERDES CAMPOS DEL EDÉN. LA CASA DE BERNARDA ALBA. LA NOCHE DE LA IGUANA.

*Teatro Español:* El sueño de una noche de verano. *Autor:* William Shakespeare. *Versión:* Nicolás González Ruiz. *Principales intérpretes:* Pastor Serrador, María José Fernández, Maite Blasco, Francisco Valladares, Ángel de la Fuente, María José Alfonso, Miguel Ángel, Enrique San Francisco, Armando Calvo y Carmen Bernardos. *Dirección:* Cayetano Luca de Tena. *Decorado:* S. Burmann. *Figurines:* Vicente y Carlos Viudes. *Coreografía:* Alberto Lorca. *Adaptación de la música de Félix Mendelssohn y fondos originales:* Manuel Parada.

Un director que asume la empresa de montar a Shakespeare, creo que debe hacerlo para algo más que rendirle homenaje en el IV centenario de su nacimiento. Hay autores, como Shakespeare, que no precisan de este homenaje circunstancial. Y además lo que el director haga, hacerlo con entusiasmo. Encuentro algunos montajes clásicos de Cayetano Luca de Tena demasiado iguales, venciéndose del lado del aburrimiento muchas veces. Montajes—y es inconcebible en este caso—adormilados, con despertares bruscos dentro y fuera de la escena. Las diversas "acciones" de El sueño de una noche de verano se juegan horizontalmente, polifónicamente, como ha escrito muy bien José María Valverde, y todas tienen su tiempo de intriga y diversión—salvo, acaso, al principio, sólo al principio, la del Duque de Atenas y la Reina de las Amazonas. Los distintos matices de cada "acción" deberían servir para renovar la atención del público, como ocurre en la música con los temas, no para sumirlo en repentinos descansos o altibajos o hacerle pasar resignadamente por túneles incoloros, inodoros e insípidos. La versión de la obra nos pareció bien. Las interpretaciones de Maite Blasco, Carmen Bernardos, Miguel Ángel y Enrique San Francisco fueron excelentes. Los decorados y figurines, dignos y "sabidos". Pero quisiéramos, ante una obra de Shakespeare, ver, sobre todo, un gran trabajo de amor y genio. Aunque haya riesgo de equivocarse. Eso, en un teatro como el Español, es secundario.

*Teatro Cómico:* Los inocentes de la Moncloa. *Autor:* José María Rodríguez Méndez. *Dirección:* Eugenio García Toledano. *Intérpretes:* Jorge Vico, María Jesús Lara, Mery Leyva, Eduardo Moreno, Pepe Ruiz y María Paz Pondal.

Los inocentes de la Moncloa es una crítica acertadísima, literal, del procedimiento español de lograr un puesto vitalicio, tan deportivo como antideportivo y absurdo en todo caso, de las oposiciones. Por una suerte de carambolas entre los personajes, la crítica es redonda, completa; abarca lo más importante del tema, antes y después de la oposición, dentro y fuera del opositor. Es la obra tan sumamente real que resulta casi anacrónica, pese a estar escrita por un autor nuevo. Pero así, anacrónicos, son aún muchos e importantes rincones de la vida española; e inhumanos. Para mí esta obra es interesante, sobre todo, por el perfecto reparto de la crítica del tema entre los personajes y por el título; sin el título—es curioso—que Rodríguez Méndez le ha puesto, esta obra resultaría vieja. El título Los inocentes de la Moncloa eleva a aguafuerte sin concesiones todo el realismo auténtico, sí, pero pedestre, que encierra. Algunos personajes—que conocen bien lo árido de la vida—critican, con una punta de resentimiento, los materiales—nobles y respetables—de que se valen hoy algunos escritores. El diálogo es un calco de "esa" realidad que el autor ha escogido pero, cuando trata de levantar el vuelo—en las consideraciones que le sugiere a *Sofi* la muerte del estudiante cordobés—el vuelo me pareció torpe y corto. Temo que ésta sea una obra "demasiado vivida" por el autor y me gustaría verle—para un juicio más válido—con otros personajes. El mejor intérprete fué Jorge Vico, que, por cierto, recuerda mucho física y artísticamente—hasta en los defectos—a su progenitor Antonio Vico. Lo demás, todo, corriente y hasta vulgar.

*Teatro Bellas Artes:* Los árboles mueren de pie. *Autor:* Alejandro Casona. *Principales intérpretes:* Lola Cardona, Milagros Leal, Luis Prendes, Francisco Pierrá, Fernando Guillén, Antonio Martínez y José Santamaría. *Dirección:* Alejandro Casona. *Ilustraciones musicales:* Isidro Maiztegui. *Decorados:* Sigfredo Burman, *realizados por* Manuel López.

Los árboles mueren de pie es una celebérrima obra de Casona estrenada ahora en España. "¿Es posible organizar técnicamente un mundo de *felicidad dirigida* o cada cual ha de conquistarse su pequeña parcela feliz con el mismo sudor y el mismo trabajo con que se gana el pan?" Esta es la pregunta que Casona se hace—nos hace—en su comedia, emparentada—aunque ésta sea más verosímil—con La sirena varada y Prohibido suicidarse en primavera. Víctor Ruiz Iriarte compuso también una excelente obra de este filón: El puente de los suicidas.

Casona nos presenta, primero, la oficina de felicidad del Dr. Ariel y luego nos muestra su proceder en uno de los "casos". La obra está construída magistralmente; su gracia hace feliz al público, el diálogo es de calidad. Casona es, en toda su producción, muy aficionado a la poesía. En esta comedia, como en otras, se habla de poesía varias veces; se habla, sí. Pero esta poesía no emana, no trasciende de los diálogos o de las situaciones; no está entrañada en la obra: es tan postiza como una peluca. Evidentemente, es más fácil hablar de poesía que hacerla sentir. Los me-

jores intérpretes, Luis Prendes, Francisco Pierrá, José Santamaría y Fernando Guillén. Lola Cardona, desdibujada. Y, a nuestro juicio, Milagros Leal, con su rostro saludable y su voz pastosa, joven aún, sólo contribuye a hacer insufrible—salvo en la escena, bien medida, con Fernando Guillén—el papel de la *Abuela.* El segundo decorado de Burman, bueno.

*Teatro María Guerrero:* Los VERDES CAMPOS DEL EDÉN. *Autor:* Antonio Gala. *Dirección:* José Luis Alonso. *Decorador:* Pablo Gago. *Principales intérpretes:* José Bódalo, Rafaela Aparicio, Rosario García Ortega, María Luisa Hermosa, Antonio Ferrandis, Ana María Vidal, Vicente Haro y Amelia de la Torre.

Los VERDES CAMPOS DEL EDÉN había obtenido el Premio Calderón de la Barca en 1963. Es la primera obra escénica del poeta Antonio Gala. Su factura es modernísima: una serie de *sketchs* subrayan la acción principal cargándola de sentido. Los tipos secundarios, anecdóticos, están vistos con sentido crítico positivo, ingenio y gracia. La peripecia en el panteón de *Juan* y sus amigos es valiente y está llevada con humanidad, ternura, humor, excepto en dos momentos en que tenemos la sensación de que la obra va sola, de que el autor ha perdido las riendas y se hace reiterativo: parte del diálogo entre *Juan* y *Ana,* cuando ésta decide quedarse en el panteón, y algunos instantes de la nochevieja. En esta última parte, sin embargo, hay una de las escenas más emotivas y logradas de la obra: cuando *Luterio* rompe a cantar. La obra no es realista, aunque sus personajes vivan a ras del suelo. Son pobres, sí; pero recreados y con delicadísimo arte. No obstante, se dicen muchísimas cosas—bien dichas—que es conveniente siempre que se oigan. El final de Los VERDES CAMPOS DEL EDÉN, bellísimo, expresa fe en el hombre; es esperanzador, salvador. Si Gala sigue escribiendo obras como ésta, puede llegar a ser, en poco tiempo, uno de nuestros primeros autores.

Dos elementos hay que resaltar en la misma medida que la obra: la magnífica dirección de José Luis Alonso y los decorados espléndidos, sobre todo el del cementerio, de Pablo Gago. Es justo alabar también el arte interpretativo de Antonio Ferrandis, José Bódalo, Rafaela Aparicio, María Luisa Hermosa, Amelia de la Torre y Ana María Vidal. Un espectáculo completo.

*Teatro Goya:* LA CASA DE BERNARDA ALBA. *Autor:* Federico García Lorca. *Dirección:* J. A. Bardem. *Principales intérpretes:* Lola Lemos, María Bassó, Cándida Losada, Josefina Jartín, Montserrat Julió, Isabel Martín, Alicia Hermida, Julieta Serrano, María Francés y Concha Campos. *Decorados:* Antonio Saura, *realizados por* Juan López Sevilla.

Maritza Caballero nos presenta ahora "el estreno en España", según reza en el programa de mano, de la última obra de Lorca. La obra se estrenó en Madrid (España) antes de nuestra guerra y, después de ella, allá por los años 49 ó 50—si no recuerdo mal—se representó en Madrid (España) muy bien por cierto, en el Teatro del Parque Móvil, con Amparo Reyes de *Bernarda,* llevada al escenario por el entusiasmo, y entonces casi el heroísmo, de unos pocos, entre los que tuve la suerte de

encontrarme. Fué aquélla una jornada de extraordinaria emoción que quizá cuente un día. En esta BERNARDA ALBA de ahora lo más relevante, a mi juicio, son los decorados y la dirección. Lo demás es discreto, pero, como la obra es importante, importantísima (y más, ¡ay!, como casi logro, como rotunda promesa), no deja por ello de emocionar. "El poeta advierte—dice Federico—que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico." ¿Ha inducido a Bardem esta frase? El hecho es que los grupos están bien compuestos, hay nervio en las reacciones, las luces y los efectos sonoros se conjugan con expresividad y a punto. Y, aunque el montaje es muy fiel al texto, no deja, por ello, de tener un acento personal que trasciende a cualquier espectador. Los decorados han hecho caso omiso de los "cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda". Absoluta desnudez; blancura encabritante, adormecedora; puertas cuadradas, que hacen pensar en un caserón manchego.

*La Poncia,* María Bassó, cantó su papel durante todo el primer acto y mejoró en los otros dos. El tipo de *Bernarda,* "sarmentosa por calentura de varón" lo define La Poncia, lo representó bien Cándida Losada. Entre las hijas, derrocharon ímpetu y arte Julieta Serrano, Alicia Hermida y Montserrat Julió. Muy bien en sus intervenciones breves Lola Lemos y Concha Campos. *María Josefa,* interpretada por María Francés, magnífica en el tercer acto; desafortunada en el primero. Nos emocionó—cosa a la que no propendemos en el teatro—LA CASA DE BERNARDA ALBA. Pensamos con tristeza en Federico...

*Teatro Cómico:* LA NOCHE DE LA IGUANA. *Autor:* Tennessee Williams. *Versión:* J. Méndez Herrera. *Principales intérpretes:* Lina Rosales, María Luisa Ponte, Andrés Mejuto, Antonio Martelo, María Rus, Charo Baeza, Enrique Navarro. *Dirección:* Alberto González Vergel. *Escenografía:* Emilio Burgos, *realizada por* Manuel López.

Tennessee Williams es bien conocido en España. Hemos visto sus obras buenas y menos buenas. Esta es de las mejores. Tengo por las mejores UN TRANVÍA LLAMADO DESEO, LA ROSA TATUADA, CAMINO REAL, DULCE PÁJARO DE JUVENTUD... No comparto el gusto de nuestra gente de teatro por EL ZOO DE CRISTAL. Tennessee Williams es, desde luego, un autor extremado, pero un gran autor, y nos parece inadecuado, para juzgar una obra suya, echar mano de nuestra ordenada oficina mental, en que una obra de éstas no cabe. Las obras de T. W. hay que sentirlas, remitirlas a la experiencia vital, sin hipocresías, situarlas en su medio, creérselas—en la medida en que el autor lo logre—y no olvidar que en ellas el mal va acompañado siempre, en mayor o menor medida, del bien. Aquí se juzgan aún muchas obras por el padre Astete y confrontándolas con la vida respetable en teoría de Ciudad Real, pongo por ejemplo. Otra tentación pueril, al enjuiciar las obras de Williams, es la de encasillarlas como "melodramas". Que nos den siempre melodramas así, tan importantes. Además, las escenas o el aire melodramático—no sé si esto se habrá dicho ya—es algo que ostenta casi todo el teatro de peso norteamericano. A lo mejor resulta que hay que llamarlo de otra forma. También nos puede ocurrir, con las obras de éste o de otros autores extranjeros, que

duren más de dos horas. Hay espectadores que, por diez minutos de más, devolverían la entrada. Naturalmente, no les interesa el teatro, que no ha hecho nunca un pacto—ni hay por qué—con las dos horas justas.

En LA NOCHE DE LA IGUANA varios personajes, por distintos caminos y en actitud distinta, batallan en la vida por el asidero de una creencia satisfactoria. Un personaje plano, sin más preocupación que la sexual, es *Maxine Faulk,* que interpretó, muy bien, María Luisa Ponte. Al lado de estos grandes tipos—*Lawrence, Hannah*—se mueven una serie de comparsas que repiten su trabajo, o lo que han aprendido, como patos—los criados, los nazis—; telón de fondo que demuestra una vez más la simpatía del autor por el que lucha, el que duda, el que piensa. T. W. aumenta la agonía, las pasiones de sus criaturas, por este sencillo procedimiento: los sitúa en ambientes de excitación somática. Así subraya el autor el *pathos* de sus tipos. Demuestra enorme ternura en el personaje de *Nonno;* enorme delicadeza en el de *Hannah;* enorme genio dramático en el de *Lawrence*. Las dos "experiencias amorosas" que cuenta *Hannah* en el último acto son de una finura inolvidable. La obra rebasa el episodio simbólico del lagarto—la iguana—, que pretende abarcar su sentido. Es mucho más rica. T. W. se sale de los símbolos, no le van a su temperamento, los desborda. Casi resulta doloroso verlo sobrenadar en la obra.

Los dos actos primeros son "teatrales"—empleando el confuso concepto que tanto perjudica al teatro—. El último, con un largo y necesario diálogo entre *Hannah* y *Lawrence,* menos. Pero como tiene extraordinario interés lo que allí se oye, no diría yo que resulta pesado. En todo caso lo estará el espectador que se remueva en su butaca al menor amago de diálogo sin movimiento externo. La obra ofrece ingentes dificultades de dirección. En T. W., como en Chejov, el recuadro escénico no limita la acción. Hay tormenta, lluvia, persecuciones, peleas, voces, cambiantes estados de ánimo y, en todo este mare mágnum, frases importantes que subrayar, tonos, equilibrios y desequilibrios dialécticos dificilísimos de mantener. González Vergel, que ha demostrado ya tantas veces su maestría y sensibilidad, logró un montaje tenso, significante, impecable, que fué aplaudido en varias ocasiones.

La interpretación estuvo a la altura de la obra y la dirección: María Luisa Ponte, elemental, apasionada, cínica; Lina Rosales, voluntariosa a la par que delicada, etcétera: Andrés Mejuto, expresivo y justo, viviendo su "pasión" con fuerza trágica en un papel realmente agotador; Antonio Martelo matizó y "vistió" noblemente su bello personaje; Charo Baeza y Enrique Navarro en dos intervenciones breves muy acertadas... La escenografía y figurines merecen también nuestros elogios.

MEDARDO FRAILE.